

y las risotadas de aquella gente que estaba por la parte de fuera, envalentonaban á los que daban esta especie de asalto. Mil funestos diálogos se entablaron en alta voz entre los sediciosos de arriba y los impacientes de abajo. «¿Le han herido? ¿Ha muerto? ¡Echadnos las cabezas!» —gritaban muchos de aquellos hombres. Algunos miembros de la Asamblea, algunos periodistas girondinos y algunos políticos, como Garat, Gorsas y Marat, estaban confundidos entre la turba, burlándose con mil chanzonetas del vergonzoso martirio que sufría el rey. Por un momento corrió la voz de que había sido asesinado.

Pero este rumor no produjo ni un grito de horror entre aquel inmenso gentío, que dirigía su vista al balcon, esperando que de un momento á otro le enseñasen el cadáver. Sin embargo, en medio de tanta rabia se advertía que la mayor parte de aquellas gentes querían reconciliarse con el rey. Un hombre del pueblo presentó á Luis XVI un gorro encarnado en la punta de una pica. «¿Que se le ponga! ¡que se le ponga!» —exclamó la multitud. —Este es el signo distintivo del patriotismo; si se adorna con él, creémos en su buena fe.» El rey hizo seña á uno de los granaderos de que le diese el gorro, que se puso inmediatamente sonriéndose. En seguida se oyó un grito unánime de *¡Viva el rey!* El pueblo había coronado á su jefe con el signo de la libertad, y el gorro de la demagogia reemplazaba á la diadema de Reims. El pueblo había vencido y estaba ya sosegado.

Pero otros nuevos oradores, encaramados sobre los hombros de sus camaradas, no cesaban de pedir al rey, ya con súplicas, ya con amenazas, que prometiese volver á llamar á Roland y sancionar los decretos. Luis XVI, invencible en su resistencia constitucional, eludió ó se negó siempre á acceder á las instancias de los sediciosos. «Guardian de las prerogativas del poder ejecutivo, —les respondió, —no le entregaré á la violencia; no es el momento á propósito para deliberar aquel en que no hay completa libertad para hacerlo.» «No tengais miedo, señor», —le dijo un granadero de la guardia nacional. «Amigo mio, —le respondió el rey cogiéndole el brazo y acercándolo á su pecho, —pon ahí la mano, y mira si mi corazon late con más violencia que de ordinario.» Esta accion y las palabras de intrépida confianza que la acompañaron, vistas y oidas por aquella multitud, cambiaron enteramente el corazon de los sediciosos.

Un hombre medio desnudo se presentó al rey con una botella en la mano, y le dijo: «Si amais al pueblo, bebed á su salud». Las personas que rodeaban al príncipe, temiendo tanto el veneno como el puñal, suplicaban el rey para que no bebiese. Luis XVI alargó el brazo, cogió la botella, se la llevó á los labios y bebió á la salud de la nacion. Esta familiaridad con el pueblo, representado por un mendigo, acabó de popularizar al rey. Nuevos gritos de *¡Viva el rey!* salieron de todas las bocas, llegaron á las escaleras y fueron á consternar á los grupos que, aguardando una víctima en el terraplen del jardin, veían que los verdugos se habían convertido en defensores de aquel á quien iban á asesinar.

IX

Miéntras el desgraciado príncipe peleaba solo contra un pueblo entero, la reina sufría en una sala inmediata iguales ultrajes y estaba expuesta á los caprichos de los amotinados, lo mismo que su marido. Más odiada que el rey, corría mucho



LA PRINCESA DE LAMBALLE.

más peligro que él. Cuando las naciones están en agitación, necesitan personificar sus odios lo mismo que su amor. María Antonieta representaba á la vez á los ojos del pueblo engañado todas las corrupciones de la corte, todo el orgullo del despotismo y todas las maldades de la traicion. Su belleza, las inclinaciones de su juventud hácia los placeres, la sensibilidad de su corazon, presentada por la calumnia bajo el más feo aspecto, la sangre austriaca que corria por sus venas, y una altivez que procedia en ella de su naturaleza aún más que de su sangre, sus íntimas relaciones con el conde de Artois, sus complots con los emigrados, su presunta complicidad con la coalicion, y los libelos escandalosos é infames que se habian sembrado contra ella por espacio de cuatro años, hacian de esta desgraciada princesa la víctima emisaria de la opinion extraviada. Las mujeres la despreciaban como á esposa culpable, los patriotas la aborrecian como conspiradora, y los hombres políticos la temian como consejera del rey. El nombre de *la Austriaca* con que era conocida entre el pueblo, reasumia todas las quejas que contra ella tenia. Esta princesa era la impopularidad de un trono del cual debía ser la gracia y el perdon.

María Antonieta conocia la animosidad del pueblo contra su persona, y sabia que su presencia al lado del rey sería una provocacion al asesinato. Por este motivo se habia quedado sola con sus hijos en el cuarto donde estaba el lecho regio. El rey confiaba en que no se habrian acordado de ella, pero las mujeres, á quien principalmente buscaban era á la reina, á la que llamaban á voces prodigándole los nombres más insultantes para una mujer que era al mismo tiempo esposa y reina.

Apénas se vió el rey sitiado por las masas populares en el salon de la Claraboya ó del Ojo de Buey, cuando las puertas del cuarto en que estaba la reina se vieron sitiadas por aquellos frenéticos, que dando feroces aullidos se esforzaban por derribarlas á golpes y á hachazos. Sin embargo, como este grupo se componia casi exclusivamente de mujeres y sus débiles brazos no eran suficientes á salir con su intento, llamaron en su auxilio á los hombres que habian traído el cañon á brazo hasta el salon de los Guardias. Estos hombres acudieron inmediatamente al llamamiento. La reina, de pié y estrechando á sus hijos contra su cuerpo, escuchaba en medio de una ansiedad mortal todo lo que pasaba á la puerta de su cuarto. No tenia á su lado más que á Mr. de Lajard, ministro de la Guerra, decidido á sacrificarse por ella, pero impotente para resistir solo á la turba; algunas damas de su casa y la princesa de Lamballe, amiga suya lo mismo en la prosperidad que en la desgracia, rodeaban á María Antonieta. La princesa de Lamballe, nuera del duque de Penthièvre y cuñada del de Orleans, era amada por la reina con la ternura exaltada con que habia amado por largo tiempo á la condesa de Polignac. La amistad de María Antonieta era una especie de adoracion. Desdeñada en cierto modo por la frialdad del rey, que si bien poseia las virtudes, no tenia ninguna de las gracias de un esposo tierno, aborrecida del pueblo y cansada del trono, desahogaba en el seno de la amistad íntima un corazon demasiado lleno de amargura, sediento y vacío de sentimiento á la vez. Este favoritismo era tambien un motivo de acusacion, y se calumniaba á la reina hasta en sus amistades.

La princesa de Lamballe habia quedado viuda á los diez y ocho años, y pura en sus costumbres y exenta de ambicion y desinteresada por su elevado rango é inmensa fortuna, queria únicamente á la reina como á una amiga. Cuanto más se encarnizaba la suerte contra María Antonieta, tanto más se interesaba por ella

aquella ilustre jóven, á quien atraian hácia su soberana, no las grandezas, sino las terribles desgracias que sufría. El cargo que tenia en palacio le obligaba á vivir en él, y su habitacion estaba inmediata á la de la reina, para acudir de este modo al momento á participar de todos sus peligros y enjugar sus lágrimas. Véase precisada, no obstante, á abandonar de cuándo en cuándo Paris, para ir á Vernon á cuidar á su suegro el duque de Penthièvre, muy anciano ya. La reina, que presagiaba la tempestad que iba á armarse, le escribió á mediados de Junio suplicándole con todo el encarecimiento de la ternura que no volviese á Paris. Esta carta, hallada entre los cabellos de la princesa de Lamballe despues de su asesinato, y *desconocida hasta aquí*, descubre el cariño de la una y la decision de la otra.

«No volvais de Vernon, mi querida Lamballe, hasta vuestro completo restablecimiento. Nuestro buen duque de Penthièvre se afligiria mucho y se quedaria muy triste si le abandonáseis, y todos nosotros debemos tenerle mucha consideracion, tanto por su avanzada edad como por sus virtudes. Muchas veces os he dicho que si me amábais miráseis un poco por vos, cuidando de vuestra salud. ¡Se necesita tener tantas fuerzas en la época en que vivimos! ¡Ah! No volvais... al ménos, volved lo más tarde que os sea posible. Vuestro corazon padeceria demasiado, y amándome con tanta ternura como vos me amais, lloraríais continuamente al ver todas mis desgracias. Esta raza de tigres que inunda el reino se gozaria éruelmente en nuestra desdicha, si supiese cuánto sufrimos. Adios, querida mia; ya sabeis que pienso continuamente en vos, y que no cambio jamás.»

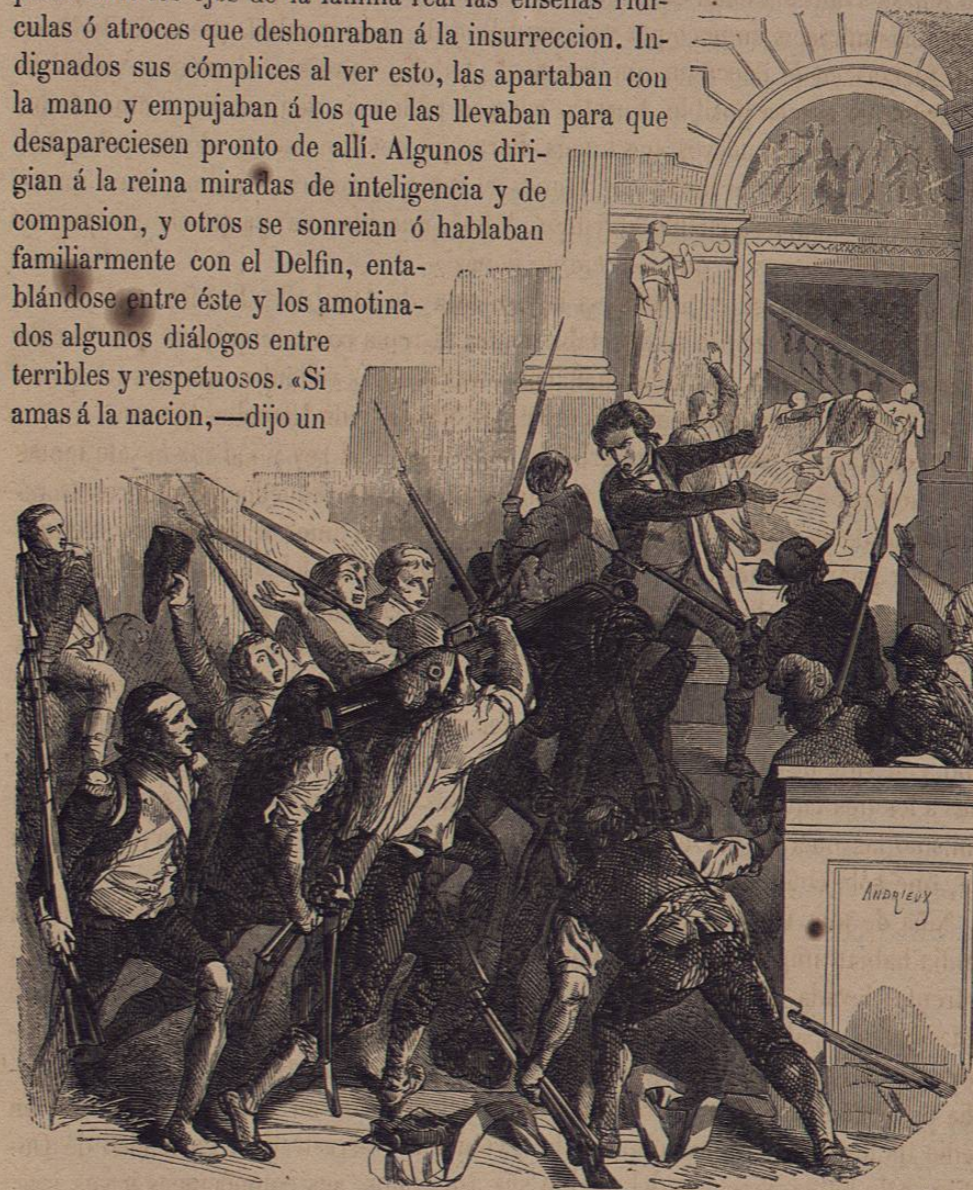
Esta carta, en vez de detener á la princesa de Lamballe, le hizo acelerar su vuelta á Paris. Esta señora se apretaba contra la reina como si quisiese caer herida con el mismo golpe. A su lado se hallaban otras señoras valientes, que eran la princesa de Tarento y las señoras de Tourzel, de Makau y de Laroche-Aymon.

Mr. de Lajard, militar de sangre fria, responsable al rey y á sí mismo de tantas vidas queridas ó sagradas, recogió precipitadamente por aquellos corredores secretos que desde la régia alcoba se comunicaban con lo interior de palacio algunos oficiales y guardias nacionales que se habian separado del tumulto. Hizo que la reina cogiese á sus hijos para que, enternecidas las turbas al ver tantas gracias, sirviesen aquellos niños de escudo á su madre. Entónces colocó á la reina y á las damas de su comitiva en el hueco de una ventana, delante de la cual hizo poner la maciza mesa del Consejo, para interponer una barrera entre las armas del populacho y la vida de la familia real. Hecho esto, colocó unos cuantos guardias nacionales á los dos lados de la mesa y un poco ántes de llegar á ella. En seguida abrió él mismo las puertas del cuarto. La reina estaba de pié y tenia de la mano á su hija, que sólo contaba catorce años.

Niña de una noble hermosura y de una madurez precoz, las angustias de su familia habian impreso en su fisonomía cierta gravedad y tristeza. Sus ojos azules, su frente elevada, su nariz aguileña y sus rubios cabellos rizados que le llegaban hasta media espalda, recordaban aquellas jóvenes galas que en la época de la decadencia de la monarquía decoraban el trono de las primeras razas. Esta niña abrazaba estrechamente á su madre como para cubrirla con su inocencia. Educada en medio de los primeros tumultos de la revolucion y arrastrada á Paris el 6 de Octubre, sólo habia conocido del pueblo sus asesinatos, sus conmociones y sus iras. El Delfin, niño de siete años á la sazón, estaba sentado en la mesa delante de la

reina. Su rostro sencillo, en donde brillaba toda la hermosura de los Borbones, expresaba más admiracion que terror. Volvíase continuamente hácia su madre, mirándola para leer en sus ojos á traves de las lágrimas si habia que confiar ó que temer. En esta actitud halló á la reina el grupo que acababa de salir del Ojo de Buey, y desfiló triunfante delante de ella. Esta turba, un tanto apaciguada por la firmeza y confianza del rey, manifestaba ya en su porte y en todas sus acciones lo que habia cambiado desde su entrada en palacio hasta entónces.

Aun los hombres más feroces se enternecen ante la debilidad, la belleza y la niñez. Una mujer hermosa humillada como reina, una jóven inocente y un niño que se sonreia con los enemigos de su padre, no podian ménos de despertar la sensibilidad áun en aquellos corazones de que el odio se habia apoderado. Los hombres de los arrabales desfilaban mudos y como avergonzados de su misma violencia ante aquel grupo de grandeza abatida. Solamente los más cobardes ponian al pasar ante los ojos de la familia real las enseñas ridiculas ó atroces que deshonoraban á la insurreccion. Indignados sus cómplices al ver esto, las apartaban con la mano y empujaban á los que las llevaban para que desapareciesen pronto de allí. Algunos dirigian á la reina miradas de inteligencia y de compasion, y otros se sonreian ó hablaban familiarmente con el Delfin, entablándose entre éste y los amotinados algunos diálogos entre terribles y respetuosos. «Si amas á la nacion,—dijo un



Jornada del 20 de Junio.—Los sublevados suben á hombro un cañon por la escalera principal de las Tullerías.
Pág. 338.

voluntario á la reina,—pon á tu hijo el gorro encarnado.» La reina cogió el gorro encarnado de manos de aquel hombre y se lo puso ella misma al Delfin. El niño, admirado, tomó á juego aquellos insultos. Los hombres aplaudieron; pero las mujeres, más implacables con la reina, no cesaron de insultarla. Las palabras obscenas, propias de las tabernas y de los mercados, penetraban por primera vez en aquellas bóvedas y herian los oídos de aquellos niños, cuya dichosa ignorancia les evitaba el horror de comprenderlas. La reina se ruborizaba al oír semejantes obscenidades; pero su ofendido pudor en nada rebajaba su varonil altivez, y se comprendía muy bien que si se ruborizaba, era más por aquel pueblo y por aquellos niños que por sí misma. Una jóven de figura graciosa y bien vestida era la que mostraba más encarnizamiento y la que más injurias vomitaba contra *la Austriaca*. La reina, que no pudo ménos de admirar el contraste que ofrecía el furor de aquella jóven con lo interesante de su rostro, le dijo con bondad: «¿Por qué me aborreceis? ¿Os he hecho sin saberlo algun daño?» «A mí no,—respondió la hermosa patriota;—pero vos sois la que causais la desgracia de la nacion.» «Pobre niña,—replicó la reina,—eso os lo han dicho para engañaros. ¿Qué interes tengo yo en causar la desdicha del pueblo? Mujer del rey y madre del Delfin, soy francesa por todos los sentimientos de mi corazón, como esposa y como madre. ¡Jamás volveré á ver mi país! ¡Yo ya no puedo ser feliz ó desgraciada sino en Francia! ¡Era yo tan dichosa cuando vosotros me amábais!...»

Esta tierna reconvenccion obró con tal fuerza en el corazón de aquella jóven, que pidió perdón á la reina derramando copiosas lágrimas. «Bien veo—le dijo—que yo no os conocía y que sois muy buena.» En este momento, Santerre se abrió paso entre aquella multitud, y sensible aunque brutal, no dejó también de enternecerse. Las gentes de los arrabales le dejaron pasar, temblando con solo oírle, y él hizo una señal imperiosa para que quedase la sala desocupada, empujando él mismo por la espalda á toda aquella gente hasta el Ojo de Buey. Entonces pudo respirarse allí por haberse establecido una corriente de aire, y reparando Santerre que el Delfin estaba sudando á mares, dijo: «Quitadle el gorro á ese niño; ¿no veis que se está ahogando?» La reina, al oír esto, dirigió á Santerre una mirada de madre. Aquél se acercó á la reina, y apoyado sobre la mesa, le dijo al oído: «Teneis unos amigos muy torpes, señora; yo conozco otros que os servirían mucho mejor». La reina calló y bajó los ojos. Desde esta fecha empezaron las inteligencias secretas entre la reina y los agitadores de los arrabales. Estos grandes facciosos, después de haber sacudido el yugo de la monarquía, recibían con complacencia las súplicas de la majestad. Su orgullo se gozaba en levantar á la mujer que habían abatido. Mirabeau, Barnave y Danton habían vendido ú ofrecido vender alternativamente el poder de su popularidad. Santerre no ofreció sino su compasión.

X

La Asamblea había vuelto á abrir su sesión en cuanto supo que había sido invadido el palacio, y había enviado una diputación compuesta de veinticuatro de sus miembros para salvar la vida del rey. Estos habían llegado demasiado tarde y andaban errantes por los patios y por los vestíbulos y escaleras de palacio, porque aunque les repugnase cometer el último crimen en la persona del rey, se ale-

graban interiormente de que se prolongase la agonía de éste y de la corte. Perdíanse sus pasos entre los de aquella multitud, cuyo ruido tampoco dejaba percibir sus palabras. El mismo Vergniaud se esforzaba en vano desde lo alto de la escalera principal en llamar al órden. La elocuencia, que es tan fuerte para conmover las masas, es impotente para contenerlas. De cuándo en cuándo algunos diputados realistas, indignados, entraban en el salón de las sesiones y subían á la tribuna para echar en cara á la Asamblea su indiferencia. Entre éstos se hicieron notables Vau-blanc, Ramond, Becquet y Girardin. Mateo Dumas, amigo de Lafayette, señalando á las ventanas de palacio, dijo al entrar en el salón: «¡Vengo de allí, y el rey está en peligro! Acabo de verle, y en vano mis colegas Mrs. Isnard y Vergniaud hacen inútiles esfuerzos para contener al pueblo. ¡Sí, yo he visto al representante hereditario de la nación insultado, amenazado y envilecido! ¡Vosotros sois responsables de todo ante la posteridad!» La única respuesta que tuvo fueron las risas y los silbidos. «¡No parece sino que el gorro de los patriotas es un signo de envilecimiento para la frente de un rey!—dijo el girondino Lasource.— ¡Cualquiera creerá que tenemos motivos de estar inquietos por la vida del rey! No insultemos al pueblo atribuyéndole unos sentimientos que no tiene. El pueblo no amenaza ni á la persona de Luis XVI ni á la del príncipe real. Tampoco comete ningun exceso ni violencia. Adopta medidas de dulzura y de conciliación.» Este lenguaje era hijo del pérfido letargo aconsejado por Petion. La Asamblea se durmió de nuevo al oír aquellas palabras.

Sin embargo, Petion no podía ya continuar aparentando por más tiempo que ignoraba que se hubiese reunido un grupo de más de cuarenta mil hombres armados, que después de haber atravesado todo París desde por la mañana, había desfilado en el salón de la Asamblea é invadido las Tullerías. Su prolongada ausencia recordaba la inacción de Lafayette el 6 de Octubre, con la diferencia, sin embargo, de que aquí había complicidad, y Lafayette obraba aquel día inocentemente. La noche iba acercándose y podía cubrir muy fácilmente con su sombrío velo desórdenes y atentados de tal naturaleza que excediesen á las miras que se habían propuesto los girondinos. Petion se presentó entonces en los patios de palacio, donde se le recibió con un continuado ¡Viva! La multitud le subió en brazos hasta lo último de la escalera, desde donde penetró en la sala en que hacía tres horas que estaba sufriendo Luis XVI los insultos más atroces. «Acabo de saber ahora mismo la situación de V. M.,—le dijo al rey.— Es muy chocante, porque hace mucho tiempo que esto dura»,—respondió el rey con una indignación concentrada.

Petion subió entonces sobre una silla, y empezó á arengar á la multitud, que permanecía inmóvil. Viendo que nada lograba, se puso de pié sobre los hombros de cuatro granaderos, y exclamó: «Ciudadanos y ciudadanas, habeis usado con dignidad y moderación de vuestro derecho. Acabad el día como lo habeis empezado. Vuestra conducta ha sido conforme á la ley; en nombre de ésta os intimo que os retireis, imitando mi ejemplo».

La multitud obedeció á Petion y se salió lentamente de palacio. Apenas empezó á quedar algo desahogado el salón, los granaderos sacaron al rey del hueco de la ventana en donde estaba aprisionado, y éste fué á reunirse á su hermana, que se arrojó en sus brazos en cuanto le vió, dirigiéndose los dos en seguida al cuarto de la reina por una salida secreta. María Antonieta, á quien su altivez había